

pero si yo, yo misma los he visto. . . . ¡oh! ese beso que aún resuena en mis oídos. . . . ¿quién lo hubiera creído? él, que juraba amor. . . . él, á quien por desgracia amo. . . . no. . . . no le amo ya; le amé, le amé con toda mi alma; hoy le detesto, le aborrezco con todo mi corazón. . . . con razón estaba triste, preocupado. . . . me vengaré de él, que me engaña. . . . de ella, que me robó su amor. . . . sí, de ella, de ella, ¿qué me importa que sea la reina? me vengaré aunque tenga que vender mi alma al demonio. . . . está en mis manos, tengo su secreto, tengo su honra en mi poder, la haré pedazos, referiré á todos cuanto sé, cuanto he visto, y hoy mismo esa mujer orgullosa que se llama la reina, será la fábula de toda la corte. . . . ¡Ah! Valenzuela, tú no conoces cómo yo sé vengarme, porque tú ignoras la historia de D. José de Mallades. . . . tú, D. Fernando, eres mi perdición, por tí he hecho morir á un hombre. . . . y sin embargo, aún me burlas. . . . te odio, y tú sufriras las consecuencias de tu falsía.

 Eran las once de la mañana de aquel día y en toda la corte no se hablaba sino de un escándalo que se había descubierto en la madrugada.

Damas y caballeros, jóvenes y viejos, se comunicaban bajo mucha reserva los detalles que á su alcance habían llegado de aquel suceso.

—¿Sabe ya vuesa merced, señor marqués, la nueva que corre en la corte?—decía D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, al marqués de Valparaiso que se acercaba á un grupo de jóvenes caballeros que hablaban en una de las antecámaras.

V.

De como hubo una dama que se encargara de referir á la corte quién era el duende, y de cómo la reina se encargó tambien de probar que esa dama tenia razon.

VALENZUELA cerraba apenas la puerta de su habitación, cuando de uno de los salones por donde él había atravesado, y que precisamente era aquel en que la reina se había despedido, salió misteriosamente una sombra.

A la incierta y pálida claridad de la mañana que comenzaba á penetrar por algunas ventanas, se pudo descubrir que aquella sombra que con estremada precaucion tomó un camino distinto del que había seguido Valenzuela, no era otra que D^a Inés de Medina.

La joven, bien por el tinte pálido que la claridad de la aurora da á todas las fisonomías, ó bien porque hubiese experimentado alguna emocion muy violenta, llevaba el semblante lívido y descompuesto, hablaba consigo misma, y de cuando en cuando se detenía y como por una crispatura nerviosa cerraba los puños.

—Imposible—esclamaba—imposible, no lo puedo creer.

—No á fé—contestó el de Valparaiso— y holgárame de saberlo por tan noble conducto como el de vuesa merced.

—Pues quizá valga el pedirlos las albricias, que se trata nada menos que de unos reales amôres.

—¿Nuestro jóven soberano D. Cárlos II tiene ya amores en tan temprana edad, y cuando aún no empuña las riendas del gobierno?

—¿Y quién á dicho á vuesa merced que se trata de nuestro jóven soberano, que Dios guarde?

—Creí haber escuchado que de reales amores me hablaba vuesa merced.

—Reales en efecto he dicho, que reales amores son los de nuestra señora y reina D^a María Ana de Austria.

—Dios ponga tiento en los labios de vuestas mercedes, y les dé memoria para no olvidarse del duende....

Los jóvenes soltaron una alegre carcajada.

—¿De qué rien con tantas ganas vuestas mercedes?—preguntó como cortado de aquella hilaridad el marqués de Valparaiso.

—No lo tome vuesa merced á lo sério—dijo otro de los jóvenes—D. Antonio de Toledo le referirá el lance, y aseguro á vuesa merced que reirá del duende como nosotros.

—Veamos, veamos—dijo el marqués.

—Es el caso—dijo el de Toledo—que segun lo averiguado anoche, ó mejor dicho, hoy á la madrugada, no hay tal duende, porque el duende es un hombre como vuesa merced y como yo, que vive y anda entre nosotros, y juzgando piadosamente no es ni ánjel caído ni cosa que se le parezca, sino un cristiano viejo, y español de nacimiento.

—¿Y quién es él?

—Aquí está lo curioso del lance, que me han referido en

secreto, y que yo cuento á vuestas mercedes por la gran confianza que me merecen: el duende es.... pero señores.... secreto.... es el amante de S. M.

—¿El amante de S. M!—esclamó el de Valparaiso—¿Y quién es el amante de S. M?

—El duende—contestó con burlesca solemnidad D. Antonio de Toledo.

—¿Y el duende es?

—El amante de S. M., porque el amante y el duende son una misma y sola persona.

—Pero vamos, esplíquenos vuestra merced mas, si mas sabe como yo lo creo: el nombre, el nombre de ese mortal felicísimo, porque la reina nuestra señora, es además de reina, y perdóneme mi falta de respeto, la mas hermosa y linda dama de toda la estensa monarquía española.

—Amen—dijo el de Toledo—soy de la misma opinion que vuesa merced, por mas que la envidia saque los cuernos en todos nuestros razonamientos, que si á deciros voy la verdad, holgárame de hallarme en el lugar del feliz duende, ó cuando menos de encontrarme una mujer como la reina aunque no pisara las gradas del trono.

—Ciertamente; ¿pero cuál es el hecho?

—Escuchadme, que voy á decíroslo en secreto.

Todas aquellas cabezas se acercaron y el grupo se unió completamente, y en el mayor silencio todos se dispusieron á escuchar.

—Es el caso—dijo D. Antonio de Toledo—que una de las damas de palacio, que estaba despierta y levantada á deshoras de la noche, quizá pensando en alguno de vosotros, ó en otro, que eso no importa, creyó oír ruido en uno de los pasillos que conducen á la cámara de S. M.: la curiosidad

es el valor de las mujeres, y á riesgo de encontrarse con el duende, la dama salió de su aposento y se puso en acecho. El ruido habia cesado, pero la curiosidad no estaba satisfecha, y un paso ahora y otro dentro de un minuto; avanzando, retrocediendo, deteniéndose, procurando no hacer ruido, temblando y conteniendo hasta la respiracion, nuestra heroína, siguiendo la direccion que creyó prudente, llegó hasta la puerta de la cámara de la reina. . . .

—¿Y las puertas?

—Ahí está el prodigio; todas estaban abiertas; la dama se detuvo, habia llegado hasta el sagrario, no pudo avanzar mas, no podia ver, pero podia oír, y escuchó. . . . supongo que no la culparán vuestras mercedes, porque habrían hecho lo mismo en su caso.

—En efecto.

—Podia ser aquello una asechanza contra S. M., y era preciso vijilarla, cuidarla.

—¡Muy bien hecho!

—En la real cámara se escuchaba murmullo de voces, diálogo animado; la dama acercó el oído. . . . precaucion no solo disculpable, sino digna de elogio, ¿es cierto?

—Cierto.

—La dama conoció la voz de S. M. pero la del jóven, (porque es un jóven) no pudo conocerla: se hablaba, señores. . . . de amor. . . .

—¿De amor?

—Sí, de amor: aquel era un nido de palomas. La dama, como era justo, se retiró por discrecion: esto la abona ¿es verdad?

—Es verdad.

—Pasó un largo rato, y la dama no quiso alejarse de allí,

porque sabiendo de lo que se trataba creyó de su deber no abandonar á su soberana dejándola espuesta á ser sorprendida en su real secreto por un imprudente: creo que obró con lealtad.

—Eso es, eso es muy leal.

—Por fin quiso escuchar para conocer si ya debia retirarse y no verse sorprendida allí, á lo que le hubiera dado S. M. una interpretacion muy desfavorable.

—Podia suceder.

—Escuchó, y ya se hablaba de la corte, y S. M. decia al jóven: “en esta noche se ha portado como siempre mi amado duende.”

—Está claro, el duende. . . .

—Era el amante mismo: la mañana avanzaba y el jóven se despidió de su augusta amada: nuestra heroína, para no ser vista se refugió en uno de los ángulos oscuros del aposento, y S. M. salió hasta la puerta á dejar á su amante, dándole por despedida el beso mas sonoro y amoroso que registra la historia.

—¿Cómo no fué á mí!—dijo uno de los jóvenes saboreándose.

—O á mí—contestó D. Antonio de Toledo—la dama oculta miró todo esto á la luz de las bujías de la estancia real, que salia por la puerta en donde estaban los amantes.

—Y por supuesto—interrumpió el de Valparaiso—esa dama, que á lo que decís es jóven, sentia antojos y tentaciones de muerte.

—Tal no me refirió, pero supongo cristianamente que así pasaria, que eso, de contado solo, se antoja, cuanto mas oído y visto; pero entónces la dama reconoció al galan á quien pudo ver muy á su sabor.

—¿Y quién era él?

—D. Fernando de Valenzuela.

—¡Valenzuela! ¡Valenzuela! dijo uno.

—Un hidalguillo de Ronda—esclamó otro.

—Un hijo de las malvas—agregó el marqués.

—El mismo, señores, el mismo—dijo D. Antonio de Toledo.

—Me parece imposible.

—Y á mí.

—Y á mí.

—Eso tiene que ser una fábula, una invencion, para burlarse de D. Fernando y volverle loco.

—Os aseguro que como os lo he dicho, lo oí contar á la dama que lo presencié.

—Estaría soñando.

D. Antonio iba á replicar, cuando llegó el viejo marqués de Castel-Rodrigo, caballero mayor.

El marqués de Castel-Rodrigo iba sumamente ajitado, y como todos los hombres á quienes preocupa una idea, se dirigió inmediatamente al grupo de jóvenes.

—¿Han visto vuestras mercedes mayor escándalo?—les dijo sacudiendo con ira la cabeza.

—No señor—contestó el de Valparaiso—y de eso hablamos.

—¿Pues quién dijo algo á vuestras mercedes?

—Por ahí: voces sueltas... pero no lo creemos.

—Pues es cierto: ¡caballero primero! ¡caballero primero!

—¿Pero quién, señor?—preguntó el de Valparaiso....

—¿Pues quién? él, él, D. Fernando de Valenzuela.

—El amante?....

—Yo no me mezcló en eso de amores, ni me importan—dijo el de Castel-Rodrigo—pero ese hombre no podía ser caballero primero porque no tiene título de nobleza.

—Diga eso vuestra merced á la reina nuestra señora.

—Ya se lo dije.

—¿Y qué contestó S. M.?

—¿Qué? que D. Fernando de Valenzuela es ya marqués de S. Bartolomé de los Pinales... ¡esto es inaudito!

El marqués de Castel-Rodrigo se alejó furioso, y los jóvenes, como asombrados, se miraron entre sí.

—Tenia razon D. Antonio de Toledo—dijo el de Valparaiso—viento nuevo en la corte; cayó el jesuita, subió el poeta, "el rey ha muerto, viva el rey."